

---

Pedro Ángel Palou

# La narrativa mexicana de fin de milenio

---

y tú ahí, diciéndome que me invento, que no vivo, que hago literatura.

Miguel Donoso Pareja

Títulos pretenciosos, si los hay. ¿Cómo caracterizar un momento que no ha terminado? ¿Cómo hablar sin distancia? Por un lado de época: la literatura se sigue escribiendo, se está escribiendo y leyendo estos días; pero también de persona, se es juez y parte. Quisiera más bien hacer un recorrido, que no quiere ser exhaustivo, por los títulos más recientes. Un mapa de mi lectura personal y de mis obsesiones lectoras.

Empezaría con la novela de Carmen Boullosa: *Son vacas, somos puercos*. Hoy editada, me parece, con el más sonoro nombre de *El médico de los piratas*. Si Carmen Boullosa con *Antes* y con *Mejor desaparece* había explorado ciertas atmósferas infantiles oprimidas, en su última novela alcanza un tono y una intención mucho más amplios. La historia de un curandero que ha ingresado en el mundo de los puercos (los piratas) sirve de marco a serias reflexiones sobre la condición humana. Si los hombres libres, los bucaneros, han proscrito de su isla a las mujeres es para evitar el deseo, que es lo que corrompe la libertad e incita a la posesión. En este mundo utópico no es necesaria la propiedad privada, porque nadie la desea. Aquí uno de los puntos de confluencia que quisiera tocar más adelante. La obsesión histórica. Sí, pero entiéndase ésta como una recreación mitopoética y no como un calco costumbrista. La libertad del novelista, su eficacia simbólica reside en el acto imaginativo, no en su eficacia histórica, en su verificabilidad. Poco importa si estos piratas son localizables o si se toparon con el dragón de la cruel Medea, Sir Francis Drake. Son certeras construcciones imaginarias, pivotes lúdicos.

En este mismo tono, aunque con proporciones distintas, Pablo Soler Frost ha construido en *Legión* un texto histórico (incluso con un juguetón mapa de itinerarios) sobre una legión romana que realiza un viaje-conquista imposible. En la historia de ese peregrinaje se mezclan las sagas artúricas (viajes de iniciación, introspecciones sobre la heroicidad y sobre la vida), pero también un conocimiento preciso y precioso de la literatura latina. El aparente caos sintáctico y lingüístico sirve como parte del extrañamiento que Soler

quiere provocar. Me parece, antes que una reconstrucción histórica fidedigna, un texto que opera a nivel simbólico. La traición, la amistad, el heroísmo son los grandes temas de este narrador que nos entrega una benigna metáfora de la historia. Soler Frost ha sido finalista del envidiado Premio Planeta con una novela que ya se antoja ver publicada: *La mano derecha*.

Sigo. Dos novelas de escritores no recientes pero sí hace poco editadas vuelven a poner en el tapete el mismo fenómeno. *Guerra en el paraíso*, de Carlos Montemayor y *La guerra de Galio* de Héctor Aguilar Camín. Lo que hace eficaz a la primera es el gran defecto de la segunda: la falta de concesiones en Montemayor, aunada a una compleja estructura literaria y a un manejo lingüístico preciso. En una reciente entrevista su autor —célebre latinista— declaró que sus conocimientos de literatura latina le sirvieron para imaginar el escenario de la guerrilla guerrerense del maestro Lucio Cabañas. Fue a partir de la épica romana que Montemayor urdió esta fábula copiosamente documentada. Con un aparente juego con *La guerra de las Galias* de Julio César, Aguilar intentó abordar un fenómeno similar: la guerrilla urbana, los conflictos de *Excelsior* y la represión echeverrista. Pudiendo usar datos hasta ahora ocultos el novelista intentó reconstruir la época valiéndose del truco del joven investigador de historia que hinca el diente en la época. Si Montemayor se atrevió a denuncias contra el casi indennunciable ejército, *La guerra de Galio* peca de fría, termina por no ser eficaz.

Otra forma de la obsesión histórica se ve claramente en *El disparo de Argón*, la primera novela de Juan Villoro. Las características más palpables de sus cuentos: el trabajo humorístico a partir de metáforas paradójicas y la redondez estructural están presentes en el texto sobre la clínica de ojos de Antonio Suárez, construida a la manera de Barraquer en Barcelona pero contextualizada a la mitología tezcatlipoquense de nuestro país. Además de plantear claramente la vida de "barrio" que es la vida en el DF, Villoro ofrece a partir del juego y el tráfico de ojos y miradas una



profunda visión de nuestro país. Un rostro que se desdibuja, que enceguece, a pesar de los esfuerzos reales y simbólicos del Dr. Suárez por restituir el poder de la mirada de un país que ha terminado perdiéndose y que ha traficado con su capacidad para mirarse, vendiéndole los ojos al vecino del norte. La capacidad narrativa de Villoro y la fuerza de un *thriller* muy bien construido ofrecen otra de las caras de nuestra reciente literatura. El pretexto policiaco —la estructura de *suspense*— para mostrar una realidad donde ya no hay ni buenos ni malos y donde los enigmas y las verdades no son necesariamente reales. Como diría un novelista brasileño, Joao Ubaldo Rybeiro: “El secreto de la verdad es éste: no existen hechos, sólo existen historias”.

Touchar una época reciente y desnudarla es un acto de enorme dificultad. Y un riesgo si quien lo hace ha sido crítico. Gonzalo Celorio paga el boleto y sale airoso con su primera novela: *Amor propio*. Varias son las virtudes de este texto que comparte con todos los anteriores su obsesión por la historia —aunque reciente— y su estructura paródica. Mexicanísima, *Amor propio* presupone que la vida de un personaje puede contarse a través de las fiestas que ha vivido. Desde ser testigo en la de quince años de su hermana y terminar masturbándose frente a un disco de Sarita Montiel, hasta un reventón inútil que termina en la calle de la soledad, Moncho, Ramón nos narra un viaje sentimental: de la ingenuidad de las graduaciones con sandwiches de triángulo y coca cola al primer amor y de la cruda sesentaiochera a la primera chamba, de la literaturización de la vida a las clases de literatura en la UNAM, esta novela está llena de símbolos localizados —música, literatura, cine— y, sin ser ondera, parodia los textos coloquiales que abundaron en nuestra literatura. Una gran parodia sobre nosotros, pero también la terrible metáfora de toda una generación que como Ramón se suben a su volkswagen color mierda que no

quiere arrancar. Lo único que le queda al personaje es la huela. La huela elevada a monumento.

Apenas una revisión que deja de lado a muchos, pero que más que emitir un juicio global permite encontrar similitudes (faltarían otros nombres y obras como Álvaro Quijano, Ricardo Chávez, Enrique Serna, Gerardo Kleinburg, Eugenio Partida, Luis Humberto Crostwhite, Francisco José Amparán, Juan Gerardo Sampedro, Eduardo Vill y muchos más). Quisiera decir algunas cosas más que me parecen como un manifiesto secreto aún de lo que está siendo y será la narrativa mexicana reciente. Por un lado encontramos que las historias han girado, que los personajes han cambiado. Si durante veinte años casi todos los personajes de nuestra literatura eran chavos universitarios clasemedieros con pretensiones intelectuales y obsesiones amorosas, hoy las cosas parecen cambiar. Si nuestra literatura ha sido parca en personajes entrañables, queribles, los escritores recientes han producido ya un puñado de personajes que, seguramente, nos acompañarán un tiempo: Fernando Balmes, el oftalmólogo de *El disparo de Argón*, el Basilio de *Legión*, por sólo citar a uno de los brillantes caracteres de Soler-Frost. Por supuesto el astuto Smeeks de *Son vacas, somos puercos*, quien monologa con nosotros en toda la narración contándonos sus peripecias y, por supuesto, el Moncho Aguilar de Celorio con quien vivimos en otras iniciaciones, las de siempre.

Por otro lado la subversión de la historia por la imaginación y, por ende, los variados escenarios: el caribe, un barrio, San Jerónimo —Macondo defeno—, Asia y la sierra de Guerrero han venido a airear el escenario físico de nuestra literatura.

Sin entrar en la bizantina discusión de literatura *light* y *heavy* me gustaría pensar que la literatura mexicana de estos años producirá obras legibles que sin perder su carácter propio sean profundamente comprendidas en otros contextos. Siempre he pensado que en México aún nos falta nuestro Jorge Amado, que la realidad de un país enormemente rico y grande está aún virgen en nuestras letras y que, sin menoscabo de la calidad literaria, los textos que se producen y producirán serán leídos por más gente y no escritos para que en cien años los hipotéticos mutantes mexicanos sepan que tienen un pasado literario. *Legión* y *Son vacas, somos puercos* pueden leerse bien como novelas de aventuras. *El disparo de Argón* y, en buena medida, *Amor propio* y *La guerra de Galio* como *thrillers*. ¿Qué hay atrás de esta elección de estructuras sino el interés reciente por hacer una literatura menos grupuscular y más universal? No ha habido literatura más regional que aquella del idiolecto de unos chavos que vivían entre la colonia Narvarte y la del Valle y que por un tiempo se consideró como la literatura mexicana.

En este país de más de ochenta millones de habitantes y donde nuestros tirajes no alcanzan los mil ejemplares o apenas los superan, no nos queda sino leernos entre amigos, ser cófrades. Estamos, estoy seguro, escribiendo una literatura, en ese sentido, mucho más amigable, entrañable. México, en su literatura, todavía está por inventarse. ◇